

PREDICA "DIA SANTIFICADO" (*)

Por NICOLAS DE CUSA

"Brilló para nosotros un día santo: venid oh gente,
y adorad al Señor".

La santa madre Iglesia, esposa inmaculada del sumo Rey, en el júbilo de la sinfonía de suma alegría de este día festivo, prorrumpe en este canto de alegría: "El día santo..."

Por muchos años la hija de Sion yació prisionera en las tinieblas y en las sombras de la privación de la vida espiritual: y notando en los profetas muchos rayos estelares, que prefiguraban este día y con la vida y la palabra del espíritu profetizaban un gran día futuro, fue muy frecuentemente consolada la hija de Sion, es decir el alma sedienta ardientemente de la intuición de la vida espiritual. Y muchos días transcurrieron: y las sombras de aquéllos que se mostraron fueron corruptibles, pero poco a poco se mostraron más claramente. Hoy sin embargo resplandece el día esencial, que es la misma santidad y no es comparable a ningún otro pasado o futuro. Resplandece, digo, carente de toda tiniebla, de modo tal que expulsa lejos toda tiniebla, no como las estrellas, sino como el sol real en su excelsa y primordial claridad, pero tampoco en esta claridad, sino como luz infinita, invisible para todo ojo sensible, enteramente carente de tinieblas. Brilló para nosotros, de modo que sea bien claro el camino hacia el fin, para que toda falacia sea expulsada de la verdad, para que la muerte sea por consiguiente muerte de la vida: y todo esto de manera totalmente simple, carente de toda multiplicidad, ya que la misma luz es camino, verdad y vida.

Si, por tanto, este esposo que ha puesto en el sol su residencia y que nosotros de madrugada ávidamente aguar-

(*) Versión española de la edición italiana de Predica "Dies Sanctificatus", a cargo de Gianfranco Morra, en N. CUSANO, *La Vita e la Morte, Edizioni di Ethica*, Bologna, 1966.

dábamos con todo deseo, resplandece hoy a la esposa
hija de Sion, debemos despertarnos y no dormir,
35 sino, acompañados del más alto fervor en nosotros inspirado
y de un movimiento interior, debemos ir ha-
cia el esposo con adoración, es decir con piísimas
oraciones de santos. Venid, por tanto, vosotros que estáis pre-
parados en Cristo a este camino, vosotros que habéis ve-
40 nido aquí con esta intención, y adorémosle, a fin de
que sea así acogido en nuestra devoción y pueda des-
cender sobre nosotros como un rocío de consuelo
por medio de la prédica que yo le hago a él y en
él, un consuelo parecido a aquel que alcanza a la
45 parturienta. Avicinémonos con fe a la luz de la
Madre, a fin de que con su súplica se ofrezca bon-
dad al hijo y digamos con mente pia: "Ave Ma-
ria...".

"El día santo...".

50 Tres son los nacimientos del Hijo de Dios, de los cuales
hoy celebramos la fiesta: el nacimiento eterno, que se
oculta en la profundidad de la inteligencia; vie-
ne signado en la misa de media noche con las pa-
labras: "el día santo". El nacimiento, en el cual "el
55 verbo deviene carne", es signado en la misa
de la aurora con las palabras: "brilló para nosotros". El tercer
nacimiento es aquel en el cual, accediendo devotamente
a él, nacemos en la piedad de su luz, en el hi-
jo de Dios; es signado, para nuestra salvación,
60 en la misa solemne con las palabras: "venid y ado-
rad".

Deseo tocar muy brevemente estas tres
partes. Antes de la generación eterna del Hijo para
los más cultos, de modo de aclarar un poco el evangelio de
65 Juan sobre este punto. Después de la ge-
neración temporal para todos, de modo de hacer com-
prender aquella parte del evangelio que lo trata. En
tercer lugar me dirigiré a los contemplativos, refirién-
dome a la última parte del evangelio: "Concede el po-
70 der...".

Es necesario sobre todo saber que Dios no puede ser
captado ni por la razón ni por la imaginación ni por los
sentidos. Supera en realidad todo sentido y razón y
es captado por la fe: "Si no creyeras no podrias
75 comprender...", dice Isaías. Creemos, en efecto,
que Dios es a la vez uno y trino: no obstante, su unidad
y trinidad no son comprensibles.

Todos los pueblos de la tierra reconocen que Dios es lo Optimo, de quien todo deriva: no obstante ello los paganos lo negaron. De hecho, dado que nada puede determinar por sí mismo el ser —ya que en este caso debiera ser antes de ser: una contradicción lógica—, es necesario recurrir a un Unico eterno principio.

A este primer principio lo llamamos Dios: aquel del cual no podemos pensar el no ser. Es en efecto la verdad, que no se puede pensar no siendo. La verdad es el objeto del intelecto: sea porque pensamos que Dios es, sea que pensamos que no es, en la medida en que afirmamos que una de estas proposiciones es verdadera, afirmamos que Dios es. Dios, por tanto, es superior a toda proposición y a toda contradicción: su ser surge como necesario de todo par de oposiciones.

Si tú, pues, quieres sólo indagar la esencia de Dios, necesariamente notarás tu incapacidad: a su infinitud, que sobrepasa y precede toda oposición, en cuanto es simplísima eternidad y causa máxima, no se adaptan ni las denominaciones ni los razonamientos. Dios, en efecto, no es algo frente al cual esté su opuesto, sino que es algo infinitamente superior a todos los opuestos: todos los teólogos genuinos lo han afirmado. Cuando en efecto consideras a Dios como el sumo bien, acercándote a él mediante la razón, afirmas la verdad, la justicia, la piedad, excluyendo de él todos los opuestos; mientras tú haces esta consideración, incurres en una cierta multiplicidad y alteridad, porque la justicia en su esencia no es la verdad, la piedad, y así sucesivamente. Ve pues que estos nombres "verdad", "justicia", luz" no se adaptan a Dios, en cuanto expresan la alteridad, la multiplicidad, la oposición y la comprensibilidad: todos atributos, éstos, inadaptados al primer único totalmente infinito. Estarías más en la verdad si dijeras que estas atribuciones positivas no se adaptan a Dios, quien no puede ser ésto y no aquello, siendo todo en todo. Encontrarás pues que la mejor teología es la teología negativa: Dios no es algo singularmente definido, en cuanto es él todo, de este modo es el principio simplísimo que comprende en su infinitud todas las cosas; es tanto justicia como verdad y paz y toda otra cualidad, que en el cielo y en la tierra indica la perfección. Es, en efecto, la mis-

ma perfección, de quien todas las cosas perfectas participan.

- 125 Toda cosa, en efecto, en cuanto es, es una. Si por tanto todas las cosas participan de la unidad, que es llamada entidad, en forma gradual, de modo que participan de manera diferente la inteligencia, la razón y las cosas sensibles —y no participan todas de la in-
- 130 teligencia o de la razón—, es claro que a Dios conviene más la unidad, que es la entidad absoluta o forma del ser, en virtud de la cual todas las cosas son lo que son, así como cualquier otro atributo. A Dios no conviene pues la unidad, a la cual se opone la plu-
- 135 ralidad, sino la unidad infinita, que comprende todo en sí, que al mismo tiempo es también en su bondad, porque la difusión formal de la entidad va implícita sin que se limite en ningún ente parcial. Lo dicen claramente las escrituras: “Yo soy aquel que soy”:
- 140 “Dios es uno”.

Quando por el contrario consideramos a Dios en su relación con el ente concreto, vemos claramente que a Dios tanto más se adiciona el ser denominado por medio de un ente, cuanto es más grande, potente y extenso.

- 145 Por esto se adaptan más a Dios nombres como “espíritu”, “inteligencia”, “razón”, “justicia”, “verdad”, o nombres que en su simplicidad se sustraen a todo sentido, tales como “fuego”, “agua”, “aire”, etcétera.
- 150 Considera, pues, cómo la unidad abstracta, es decir la entidad, comprende en sí todas las cosas. Nada, en efecto, puede estar fuera de ella; ¿cómo es posible pensar el ser fuera del ser? Y fuera de ella no hay ni no ser, ni nada; el no ser en efecto es en la infinita
- 155 unidad la misma simplísima entidad. Porque fuera de la misma infinitud no se puede entender cómo puedan existir el ser y el no ser. Pero en la misma simplísima entidad no hay alguna alteridad o pluralidad: ella es unidad infinita; por lo tanto, todas las cosas en él, que
- 160 puede y no puede ser dicho, puede y no puede ser comprendido, son la misma infinitud, que comprende e implica tanto a las cosas que son como a aquellas que no son.
- Ve así, si eres elevado a un grado elevadísimo del espíritu, que Dios no puede ser conocido. en tanto que sobrepasa infinitamente toda oposición; que la misma entidad, que es la infinita forma

- del ser, es principio de todo lo que existe, medio y fin. Siendo el principio eterno está antes de todo; el medio es aquello en que está todo: siendo el fin
- 170 es aquello hacia lo cual todo tiende.
- Ve que Dios no está ni en todo lugar ni en ningún lugar: dos términos que se oponen y no se ajustan a Dios; Dios supera esta oposición, en cuando en él todo-lugar como ningún-lugar es-
- 175 tán entrambos comprendidos. Por lo cual él está en todo lugar como en ningún lugar, en ningún lugar como en todo lugar, —es así como, a su semejanza, la forma sustancial de la cosa está en la materia en todo lugar y en ningún lugar. La forma, en efecto, precede a todo
- 180 accidente y es simple: es por ésto toda en todo y en cualquier parte; el ejemplo está dado en el alma, como forma del hombre, en su referencia al cuerpo. Y ve por este motivo, cómo Dios está donde sea con su esencia; cómo también su ser es esencia, potencia, verdad, etc.;
- 185 pero no todas las cosas lo acogen en igual medida, cómo en forma distinta los miembros del cuerpo acogen al alma, la cual por lo tanto no obra del mismo modo en todo los miembros.
- También afrontando el problema de la trinidad es
- 190 necesario observar que a Dios no conviene la trinidad en cuanto opuesta a la simplicidad o a la unidad; es necesario en cambio que entiendas la trinidad como totalmente trascendente y superior a toda trinidad racional, en forma tal que la trinidad no resulte constituida con entidad di-
- 195 versa o multiplicando más veces la unidad, sino que pueda estar en unión total con la unidad, —de modo tal que sea la misma unidad, al punto de no ser trinidad, sinó triunidad, así como la unidad es unitrinidad.
- Y lo te preocupes por lo que el nombre indica, en cuanto
- 200 to en el "contenido del nombre" no podrás encontrar nada de la verdad infinita. Los nombres, en efecto, son impuestos mediante un acto de confrontación racional y no pueden, por consiguiente, convenir al uno absoluto, simplísimo, infinito, superior a toda proposición;
- 205 a nosotros, hombres, no nos es posible razonar la trinidad ni con un signo, ni con una figura, ni con una expresión lingüística. Es absolutamente verdadero, en efecto, que Dios es uno, como también es trino. Y no se trata de dos verdades distintas; no es la unidad una verdad y la tri-

210 nidad otra, sino que El es tanto uno como trino y
viceversa. Y porque atribuimos a Dios todo nombre en
comparación con las criaturas, es necesario que nos sirvamos
de las criaturas para ascender hasta la trinidad.

No es nada que no hayamos recibido: toda
215 cosa la vemos como una, distinta y relacionada. Tres
aspectos, éstos, que encontramos en la esencia de todo
o sea indivisibilidad en sí misma; y también infinita distin-
ción y la conexión. Si, por tanto, en todo ser que
de ella participa encontramos estos tres aspectos y ve-
220 mos que la unidad concreta, de la cual las cosas partici-
pan, no puede ser más que trina, entonces también de Dios
podemos decir cualquier cosa, de manera traslativa y abstracta.

La unidad infinita, en efecto, es trina porque es unidad,
o sea indivisibilidad en sí misma; y también infinita distin-
225 ción, o sea igualdad de todo ser; y en fin co-
nexión infinita.

Por el hecho de que es unidad infinita, toda cosa recibe
de él unidad e indivisibilidad en sí misma.

Por el hecho de que es igualdad infinita, comprende
230 en sí toda distinción. En efecto, que una cosa sea tal,
y no tal otra, depende de la razón o distinción in-
finita, que es infinita igualdad, en virtud de la cual
toda cosa obtiene su ser distinto; es imposible
que la cosa exista bajo o sobre la distinción. Por lo
235 tanto, de la misma distinción nace, mediante
nuestra comparación, la diferencia entre las cosas, entre las
cuales no hay igualdad total; pero la infinita igual-
dad, o sea la infinita razón, comprende en su
simplicidad toda la distinta diversidad.

240 No se deduce que todas las cosas tienen entre sí una
cierta conexión por medio de El, que es co-
nexión infinita; de la unidad, que está en todas las cosas, y
de la igualdad distintiva deriva y procede el ne-
xo proposicional de toda cosa; y este nexo es el prin-
245 cipio constitutivo del universo.

De este modo podemos pasar del conocimien-
to de la unidad concreta, que no puede ser realmente
sin la trinidad, a la unidad a su modo absoluta; así también
no podemos, mediante las cosas visibles e intelligen-
250 bles, alcanzar el conocimiento de la infinitud, porque
en la absoluta infinitud —si no la consideramos como
principio y causa, sino en sí— no podemos encontrar
sino la absoluta infinitud.

Se podrían decir aquí muchas cosas, cómo todo lo



- 255 que es creado conduce a un conocimiento de la trinidad: mediante el ser, el poder y el proceder según Dionisios; mediante "el modo, la especie y el orden" según Agustín —y esta afirmación de Agustín podrá ser entendida en el modo dicho. Así la medida, el número y peso pueden servir igualmente;
- 260 como también la unidad, la verdad y la bondad; son como tres dedos, de los cuales Dios ha colgado la mole de la tierra.
- Cómo, en fin, la inteligencia, que es ensalzada sobre sí misma, puede tomar cualquier cosa de aquello, lo veremos
- 265 en otra parte; por ahora basta saber que, si queremos intuir el principio del universo, vemos que toda inteligencia racional es limitada por la multiplicidad y de la grandeza. La razón, en efecto, no puede colegir más nada fuera de la multiplicidad y de la grandeza.
- 270 El ve en cambio que el primer principio debe necesariamente ser simplísimo —si no no sería primero; y ya que la multiplicidad tiene como principio la unidad, debe necesariamente ser lo uno. Y ya que la grandeza no puede ser sin la trinidad
- 275 —como vemos en la grandeza que se concretiza en la forma de los cuerpos, porque todo cuerpo es necesariamente largo, ancho y alto, y el principio de la figura poligonal es el triángulo (no son figuras con menos de tres lados)—: por tanto necesariamente la
- 280 razón descubre que el primer principio de todo debe ser, en forma no compuesta, uno y trino, de manera que pueda en la forma más simple de todo, ser el principio, el metro y la medida.
- Trataremos en otro lugar estos otros problemas:
- 285 como en toda cosa creada la multiplicidad está en la grandeza y viceversa, o la univocidad en la composición y viceversa, o la unidad en la trinidad y viceversa; y esta verdad muestra en forma cifrada que sobre toda oposición debemos sentir que la infinita
- 290 unidad es la infinita trinidad y viceversa.
- Queremos ahora pasar a la generación eterna. Debemos ante todo saber cómo S. Agustín pone de manifiesto por medio de conceptos matemáticos la trinidad en la eternidad.
- 295 Dado que la unidad precede a toda alteridad —porque no puede ser alteridad sin dualidad—, es necesario que la unidad sea eterna. Así también, la desigualdad viene después de la igualdad, de la que deriva; porque toda desigualdad se puede reconducir a la igualdad y

300 la desigualdad no puede ser sin alteridad: por tanto la igualdad, que precede a la alteridad, es eterna. La conexión precede a la división, en tanto la conexión deriva de la unidad, la división de la alteridad.

305 Nuestros maestros han atribuido al Padre la unidad, al Hijo la igualdad, al Espíritu Santo la conexión, en nombre de una cierta conformidad: se concede así el colegir mejor la generación y la derivación. Es verdad, además, que los nombres más adaptados son
310 "ésto", "mismo" y "mismidad".

Vemos ahora algo de la generación eterna del Hijo: en las cosas terrenas la generación de hecho es la multiplicación o la repetición de la unidad de una criatura, como en el padre y en el hijo; en las personas
315 divinas está la única repetición de la unidad; si esta repetición fuera efectuada dos o tres veces, sería producido algo distinto, como la dualidad o la ternariedad. Por lo tanto, la unidad repetida una sola vez no genera sino la igualdad de la unidad; y esto no
320 puede ser entendido sino en el sentido que la unidad genera la unidad mediante una generación eterna. Se trata, por consiguiente, de una derivación de la unidad y de la repetición de la unidad: de la unidad y de la igualdad a la unidad. Y la relación deriva necesariamente de la unidad y
325 de la igualdad; no puede derivar de algo distinto.

Con muchos ejemplos los doctos han tratado de elevarse al conocimiento de la generación eterna: el esplendor, que deriva del fuego, y el calor, que deriva de entrambos; la luz, como dice Ilario: la luz
330 asciende a la luz, y de entre ambas deriva el esplendor; el espíritu: el espíritu genera la propia palabra, igual a sí, o sea el concepto de sí mismo, y de éste deriva la voluntad o amor. Por ésto mucho se sirven del ejemplo de la palabra, a fin de que el evangelio devenga inteligible. La palabra, en efecto, es la imagen del mismo intelecto: en ella el intelecto aprehende lo
335 inteligible. Por ésto el apóstol dice que, en las personas divinas, el Hijo es la palabra espiritual del Padre, o sea sapiencia, arte y razón divina. No cabe
340 duda que todas las cosas son creadas por Dios Padre en la palabra espiritual y en la sapiencia; así no cabe duda que la razón eterna, palabra o sapiencia son arte infinita. "En principio era el Verbo, y en el Verbo

345 estaba preso Dios, y Dios era el Verbo". Si por tanto la
razón o Verbo intelectual o sapiencia fue al princi-
pio, es evidente que fue de la eternidad, por cuanto
"en principio era": este texto, pues, dice que
al principio estaba la eternidad. Y si fue la razón,
350 fue una razón que tenía un objeto: y este objeto
no puede ser más que el eterno principio, en el cual siem-
pre estuvo. Por esto en principio fue la razón y de ella
era Dios preso, en la eternidad del principio, que es Dios
Padre; y "erá Dios", en tanto que el arte eterno y la in-
355 finita razón y Palabra no pueden ser menor que Dios.
siendo una sola eternidad e infinitud. Todo, en efecto, ha
sido creado de esta infinita razón.

Considera ahora como que toda cosa sea igualdad
en el arte infinito y como que la razón totalmente unívoca
360 sea la razón infinita de todo. Ya que toda la diver-
sidad está contenida en la unidad de la razón infinita. Y
como no se encuentra nada que sea tan igual al uno,
de no poder ser siempre más igual, y no es
sino una sola infinita igualdad de todas las cosas:
365 similarmente, como dice Salomón, no es posible
comprender la razón de todas las cosas creadas; ya
que de toda la obra de Dios no se puede comprender
la razón por ser una sola infinita razón de
todo.

370 Considera ahora como que la Palabra sea todo arte, for-
ma y razón. Ayudado con comparación del arte humano
y cerca de comprender cómo en la palabra espiritual, que es
arte, están contenidas las obras de arte, y cómo nues-
tro arte en su simplicidad contenga en sí sobre
375 el tiempo y la división las obras de arte y las mismas
obras de arte explicitan el arte en su contenido. Ve
cómo la iglesia está contenida en el arte del arquitecto
de manera simple e indivisible, y cómo la iglesia, que
viene realizada exteriormente por el arte, se realiza
380 en la multiplicidad, en la división y en la temporalidad:
el mismo arte se realiza en forma diversa se-
gún las diversas materias.

Pasemos alegóricamente al arte divino: como
nuestro arte realiza las formas accidentales, que son
385 similitudes de las formas naturales, en una materia
presupuesta, así el arte divino, que es infinito, produ-
ce según un solo y simplísimo arte todo lo que
existe. Por lo tanto, toda forma de ser deriva de aquella

forma infinita del arte eterno como la obra de arte
390 del arte.

Debes ahora considerar que el arte, cuanto más
es elevado y perfecto, tanto más comprende en sí los otros artes
inferiores: como, por ejemplo, el arte del joyero com-
prende el arte del pintor, del escultor, del fundidor,
395 etc.; tanto es más noble, cuanto su simpli-
cidad es más unitaria y eficaz. El arte infinito es nece-
sariamente el más eficaz y potente.

Considera pues que, como el artifice produce varios
objetos con un solo arte, y cuanto más produce,
400 tanto más grande y potente es su arte; así el arte
divino es inagotable.

Considera además cómo el artifice produce la obra
de arte: primero su arte define un concepto en la
mente, después lo completa amorosamente, procediendo
405 su acción del acto por el cual define el proyecto,
así como del intelecto y del arte o del concepto
procede la voluntad; así procede, a su modo, la vo-
luntad de Dios: Dios Padre piensa la imagen y amo-
rosamente la completa; aquí está la trinidad. Se lee
410 en el "Génesis" que Dios creo, después vio; de estos
actos deriva la bondad de las cosas: "y helas aquí, eran
muy buenas".

Similarmente obra el artifice: la misma relación
que hay entre la obra de arte y el arte completo, hay entre
415 criatura y creador. Como en la obra de arte se a-
divina el artista, así en la criatura el creador. Ve-
mos, en efecto, en la obra de arte, como en la criatura,
la trinidad en la unidad. Por ejemplo: una casa
trae su ser del artifice como el mundo entero de
420 Dios; la casa es una, distinta y unida.

Y considera bien que el universo es consi-
derado en su pura unidad, es Dios, en cuanto Dios es
el arquetipo del mundo y es la Palabra: nada puede
ser fuera de él. Dios es la unidad del todo: en toda
425 parte del universo está dado encontrar un camino hacia
El. Si, en efecto, consideras una parte cualquiera de la ca-
sa, por ejemplo el cimiento: éste posee unidad y distin-
ción, en cuanto es el cimiento; y posee también una
relación, en cuanto es el cimiento; y posee también una
relación, que deriva de su ser y de su dis-
430 tinción: la casa y el cimiento son recíprocamente
adaptados y proporcionales. Lo mismo resulta para
toda piedra de una torre, o para la mano o el pie de

un hombre confrontándolo con el hombre entero, como de
toda parte del universo confrontándola con el entero uni-
435 verso.

Considera en fin cómo el arte concurre a toda
parte de la obra de arte: la colaboración diferente de
la piedra en vista de la unidad de la relación de la
torre depende de su mismo arte; así todas las distintas
440 producciones dependen de su mismo arte; la forma
de la obra de arte corresponde al arte, al artista y a
su imagen. Por esto la materia, en la cual viene
contenido según el "más o menos", es similar al con-
cepto, pero nunca en modo enteramente igual. Así las for-
445 mas de las cosas son imágenes del arte divino.

Hemos desarrollado así la primera parte, que trata
de la generación del Verbo; cómo, según el evan-
gelo, "todo ha sido hecho de él, y sin él nada
ha sido hecho"; cómo todo en él es el mismo arte,
450 que es la vida, cuyas imágenes portan todas las na-
turalezas vivientes; cómo la misma vida es la luz de los
hombres, porque la misma vida es razón y sapiencia,
de la cual toda razón y sapiencia derivan; cómo
la luz de los hombres refule en las tinieblas de la igno-
455 rancia y las tinieblas no las hemos comprendido.

"Dios reconciliaba el mundo consigo en Cristo"
(2 Cor., 5, 19): "Este es el pan que da vida al
mundo" (Jo., 6, 33).

En segundo lugar, como he prometido, hablaré de
460 la Encarnación de Cristo. Para introducirnos en esta
parte, quiero recordar nuestro texto: "Brilló para
nosotros un día, etc". En efecto: "Dios creó al hombre,
etc."

Es necesario subrayar aquí que la encarnación de
465 Cristo fue necesaria para nuestra salvación. Dios creó
toda cosa por sí solo y todas las cosas pueden ser
consideradas en el sumo y más perfecto grado sólo con
referencia a él; pero estas cosas no podrán estar
unidas a él, dado que entre lo finito y el infinito
470 no hay proporción. Dios, por lo tanto, es el fin de todas las
cosas sólo a través de Cristo. Si, en efecto, Dios no hu-
biese asumido la naturaleza humana, que es como el medio que
contiene en sí todos los otros entes, el universo entero
no sólo no estaría completo, sino que no sería
475 hecho.

Puedes ver aquí que el hombre, entre las naturalezas creadas,
comprende en sí por su universalidad, todos los
otros entes, sean aquéllos espirituales como aquéllos corporales.

Por esto ha sido creado casi como complemento de todos los
480 otros entes creados, de modo que todas las cosas encuentran en
él un complemento.

Y no fue posible que la naturaleza entera creada pu-
diera alcanzar a Dios sino en el hombre, que por
gloria y por honor es poco menos que los ángeles y ha
485 sido puesto sobre todos los animales y las otras cosas crea-
das por Dios. He aquí por qué el espíritu del hombre, que com-
prende en sí la naturaleza de todos los entes creados, no
puede encontrar paz, pero busca algo superior a sí y
no encuentra satisfacción sino en la inmortalidad, que
490 es eterna vida y eterna sapiencia. Y ya que este hom-
bre, que debe ser el fin de todas las cosas, su
calma, su "sabbato", no puede ser la más alta
criatura, que comprende en sí todo ente en su
perfección, si no es hipostáticamente Dios, en el cual,
495 solamente está la quietud, en cuanto es el término inten-
cional de todas las cosas: fue por lo tanto necesario que
Dios se hiciera hombre, de modo que todo pudiera unir-
se como complemento.

Debemos tener presente que nuestros ojos y
500 nuestras consideraciones sensibles no pueden consi-
derar las diferencias sino en forma de distancia
temporal: he aquí porque Cristo, en cuanto hombre,
aparece como nacido después de Abraham y otros, es decir en el
tiempo. Pero en cuanto Dios, que es superior a todo
505 tiempo, Cristo es el principio y el origen de toda cria-
tura; por ésto él dice: "antes que Abraham
fuera, yo soy"; y San Pablo escribe a los efesios y a los
colosenses: "Por lo cual es el principio de los vivos y de los muertos
y de toda la Iglesia", de aquella triunfante y de aquella
510 militante. Este Cristo fue visto vivir una vida
terrena y temporal, así como es nacido —hoy lo
recordamos— de una virgen en el tiempo.

Aquí es necesario advertir ahora que Cristo es el Se-
ñor porque, sobre toda criatura, está uni-
515 do a la absoluta grandeza, porque no puede ha-
ber nada mayor respecto de aquello en lo cual la po-
tencia infinita es en sí completa y perfecta; por es-
to es Dios y el arte infinito o forma de todo lo que
existe. En cuanto por el contrario es el máximo hombre, y el más
520 perfecto de los hombres: nada puede haber más per-
fecto. Y ya que la misma naturaleza humana es en él la
más elevada, tanto que no puede haber nada más elevado y

más cercano a la infinitud divina, él, justamente porque es el más perfecto y el más elevado de los hombres, y también el
525 más unido a la Divinidad.

Pero la naturaleza del hombre no puede nunca, siendo criatura, elevarse sino a la Divinidad, ni la naturaleza divina puede descender sino a la humanidad. Aquí por tanto está la unidad, en la cual permanece la distinción de la naturaleza.

530 Y ya que aquello que es causado o creado, pasa a la suprema grandeza mediante una unión, la cual no puede ser mayor, no puede necesariamente subsistir en sí hipostáticamente: la naturaleza humana por este motivo subsiste en la divina, como en modo diverso
535 el cuerpo en el alma, como dice Atanasio, también si el ejemplo no es preciso. Esto basta en cuanto al primer punto.

En segundo lugar es necesario considerar cómo la naturaleza humana elevase a la Divinidad en
540 Jesucristo, o en el complemento del universo y sobre todo en nuestra naturaleza humana. En efecto, ya que alcanza el más alto grado de la naturaleza humana, del cual no hay nada mayor, comprende en sí todo ente natural y unifica todos los entes naturales mientras los
545 dirige hacia sí.

Vemos que un solo arte comprende en sí los otros; si en un solo hombre se diera todo arte, toda perfección, toda ciencia y toda razón, ¿podría ser que su perfección no comprendiera toda otra
550 perfección? Y si el mismo hombre persistiera en permanecer en la misma naturaleza humana, la humanidad, que es única en todos los hombres, ¿no sería aquella misma de Cristo? Porque la humanidad de Cristo no es algo distinto de la de los hombres pasados, presentes y
555 futuros; no es distinta de ella, pero coincide con ella. Vemos así que nuestra naturaleza, que no es distinta de aquella de Cristo, es en Cristo la más perfecta.

Se debe aclarar ahora que Cristo coincide con la misma naturaleza humana, por la cual todos los hombres
560 son hombres. Por esto él es el metro y la medida válida igualmente para todos los hombres: en él están todos los hombres como en el principio más elevado, sin diferencia, en la unidad de Cristo, en la cual no hay ni judío ni pagano, ni hombre ni mujer, sino que el mismo Cristo es todo en todo. Por esto Cristo es el prójimo
565 de cada uno, así está mucho más cercano que el pa-

dre o el hermano carnal, ya que él es de cada uno
 la propia profunda intimidad. Por esto en él, que
 es nuestra piedad y nuestro complemento, todos
 570 nuestros errores son compensados: en él
 somos justificados, en él somos salvados, en él vi-
 vimos y nos movemos.
 De ello tu puedes comprender la maravillosa pro-
 mesa, que hemos tenido en Cristo, y la todavía más
 575 maravillosa salvación de la cruz: la humanidad de Cris-
 to, se enlaza al punto de unirse a la divina na-
 turaleza, es la humanidad más genuina y perfecta de todos los
 hombres. El hombre, por tanto, que se una a Cristo, se u-
 ne a la propia humanidad, deviene uno con Cris-
 580 to, como Cristo con Dios. Quienquiera, por lo tanto, que se
 una a Cristo no en otro, sino en la propia humani-
 dad, que es la misma de Cristo, expía sus deudas, es
 justificado y llamado a la vida, ya que su misma
 humanidad, que es la misma en él y en Cristo, está unida al
 585 Verbo divino. ¡Oh misterio más grande de todos!
 Ve así que la naturaleza humana obtiene en Cristo
 la inmortalidad mediante la unión con el Verbo. A ti te es ahora
 clara la afirmación: "Si Cristo ha resucitado, entonces
 también nosotros". Y observa el error de todos aquellos que espe-
 ran la salvación sin Cristo; y observa también cuanto
 se extravían y se contradicen, aquellos que creen
 en la resurrección y niegan a Cristo, como los paganos y
 los hebreos. Observa ahora que Cristo es todo en todo:
 así se entiende la profundísima y verísima epis-
 595 tola de S. Pablo a los efesios sobre la iglesia triunfante.
 Observa al fin que es tu consuelo en todas tus
 necesidades; y otras muchísimas cosas parecidas.
 Pero él es la luz, que brilló para nosotros. ¿Cómo brilló?
 En el sentido que el Dios oculto se ha revelado. Como la
 600 palabra interior te es oculta salvo cuando te es
 revelada mediante la palabra dicha y como bajo la
 palabra dicha, que es el signo de aquella, hay un sentido
 oculto; así el eterno Verbo oculto se encarnó
 para devenir manifiesto y hacer las obras, que nin-
 605 gún otro sino Dios hubiera podido hacer, y llegó
 a habitar entre los hombres. Es distinto lo que se ve de
 aquello que se cree, porque Dios estaba oculto bajo
 la carne: se oye la voz, mientras el sentido lo en-
 tiende.

- 610 Cristo predicaba e iluminaba. Es propio del docto iluminar con la palabra: transmite a su discípulo la luz sin perder el propio esplendor. Así Cristo brilló para nosotros, para hacernos participar de su sapiencia. Observa cuántos misterios es-
- 615 tán contenidos en las palabras de Cristo, palabras en las cuales se oculta la misma eterna sapiencia. Debemos sin embargo llegar a entender sus palabras: lo lograremos con la fe y con la devoción: entonces seremos iluminados y tocados por su piedad.
- 620 Pocas cosas de la Beata Virgen.
Ahora puedes ver cómo aquel, que se vuelca con todo el corazón a Cristo por medio de la fe, y cesa de ser aquello que es, y nace nuevamente con Cristo de manera que no haya en él más que Cristo, éste, que está en Cristo hi-
- 625 jo de Dios, es deificado y consigue la más alta perfección. Debes entender en este sentido el Evangelio: aquel que quiera ser hijo de Dios debe renacer a Dios en Cristo, ya que en él hemos sido llamados a la heredad eterna del orden total del mundo.
- 630 Si es verdad que "el Verbo se hizo carne y ha habitado entre nosotros", deriva que debemos retener esta verdad: si el Hijo entre las personas divinas ha asumido la humanidad, está claro que tú, hombre, puedes ser elevado hasta devenir hijo de Dios por Cristo que habita dentro de ti.
Como tercera parte: si quieres renacer hijo de Dios en Cristo, es necesario que te avvicines y llegues hasta este sol, tú que en la sutileza de los razonamientos humanos eres un pagano; debes llegar a ser en-
- 640 teramente humilde mediante la elección, de modo que tú elijas sólo a Cristo con ánimo simple y puro; debes dejar de lado toda presunción del espíritu, debes ser bueno con todos y hacer dulce tu corazón, debes acercarte con ardor de caridad, con paz y unidad
- 645 de espíritu con Pedro, al cual por primera vez Dios reveló el misterio, rogando con devotísima súplica.
Considera ahora que, como Dios es el amo de Cristo, así Cristo es el amo de la Iglesia. Lo mismo sucede entre Dios y Cristo —o sea que la Deidad es el alma
- 650 y la humanidad es el cuerpo— sucede entre Cristo y la Iglesia: Cristo es el alma y la Iglesia es el cuerpo. Debes por tanto ser unido al cuerpo, de modo que en él

puedas unirte al espíritu de Jesús: tenlo bien presente.

- 655 Observa que el alma no está en alguna parte de tu cuerpo, si no estás unido al cuerpo: el alma está en una parte en la medida en que la parte está en ella. Si quieres que Dios habite noblemente en ti, crece en una noble parte y esfuérzate en entrar pleno de fuerza en
- 660 Cristo: debes tenerlo singularmente presente.

(Traducción del italiano de JUAN CARLOS QUIROS)